

EL DESARROLLO DE LA CIENCIA POLITICA NORTEAMERICANA

La ciencia política norteamericana ha tenido en los últimos años un crecimiento sorprendente e incluso en algunos casos desconcertante. La variedad de publicaciones de gran calidad e interés, el número de revistas científicas y el ingente número de autores que aparecen suscribiendo libros o artículos de revistas, atrae y desorienta al mismo tiempo al lector europeo.

Los profesores Somit y Tanenhaus (1) han escrito una excelente obra tan clara como sugestiva, que presenta al lector europeo el desarrollo de esta ciencia en América. El método fluido y al mismo tiempo cuidadoso con que se exponen los grandes planos de la evolución de esta ciencia hace esta obra imprescindible para quien quiera valorar cualquier dirección o doctrina de la ciencia política norteamericana en el siglo actual. Muchos autores y obras apreciados en Europa, pero un poco perdidos en la singular variedad y riqueza de la ciencia política norteamericana, se sitúan adecuadamente y son mejor comprendidos al encuadrarse en este panorama histórico, que comprende desde lo que los autores llaman la prehistoria, en fecha tan próxima como 1880, hasta nuestros días. América es así. Los sucesos de hace un siglo son prehistoria, y, sin embargo, la explosión científica de nuestros días abruma por su riqueza y variedad.

Los autores dividen su exposición en cuatro partes. La primera, con alguna alusión a esa prehistoria, comprende los años de formación de una disciplina científica. La segunda parte comprende, como un período de crecimiento, desde 1903 a 1921. La parte tercera, bajo la rúbrica «los años medios» (1921 a 1945), se refiere a un período de madurez y de crisis de la «nueva ciencia política». Por último, el estudio de un período contemporáneo desde 1945 a 1967 completa una cuarta con un panorama de ajustes críticos y con un capítulo especialmente dedicado al *behaviorismo*. La conclusión del libro tiene un sugestivo título: *Quo vadimus?*

(1) ALBERT SOMIT y JOSEPH TANENHAUS: *The Development of (American) Political Science*, Allyn and Bacon Inc., 1967. A los mismos autores se debe un curioso estudio sociológico de la ciencia y los científicos políticos norteamericanos: *American Political Science. A Profile of a discipline*, The Atherton Press, Nueva York, 1964.

Vale la pena de examinar con alguna atención este contenido de la obra. Sorprende en la primera parte saber que la Universidad americana, por obra de una gran figura científica, Burgess, toma su vigor inicial de la Universidad alemana. Burgess consiguió de la Universidad de Columbia que estableciera, sobre el modelo alemán, un doctorado en ciencia política singularmente ambicioso, pero que hizo de esa Universidad una institución señera en el progreso de la disciplina. Bajo ese mismo signo de una influencia alemana, y en menor grado francesa, va a desenvolverse la ciencia política en los Estados Unidos en los últimos veinte años del siglo XIX con figuras del prestigio de Wilson, Willoughby, Lowell, Dunning y Goodnow. En estos años comienzan a plantearse los problemas de su carácter científico y de los métodos de la disciplina (Burgess preconizará el método comparativo) y se realiza una curiosa labor de institucionalización al publicarse la revista *Political Science Quarterly*, que vio la luz por vez primera en 1886. En estos años esa Universidad científica va a producir más tesis doctorales que profesores pedagógicamente dotados. Por otra parte, se mezcla con esa dirección científica una conciencia de la responsabilidad práctica de la investigación y de la enseñanza. La ciencia política norteamericana asumió la responsabilidad de transmitir a la juventud los conocimientos y los sentimientos patrióticos que consideraba vinculados al funcionamiento del sistema democrático de Norteamérica.

El período de crecimiento de 1903 a 1921 se inició con la fundación de la Asociación Americana de Ciencia Política. La Asociación va a publicar desde 1906 un revista propia, la *American Political Science*. La Asociación florece rápidamente. La iniciaron 214 miembros individuales, y en el año 1910 tiene ya más de 1.300. Naturalmente, junto a los profesores y docentes hay un porcentaje elevado de juristas, hombres de negocios y políticos. En 1914, 38 instituciones universitarias tienen departamentos propios de Ciencia Política, y las tesis doctorales que surgen de estos departamentos crecen también, aunque no en la misma proporción. En el año 1921 los autores estiman que se presentaron de 18 a 20. Por otra parte, comienzan a aparecer figuras de gran originalidad que no fueron apreciadas por sus contemporáneos. Bentley publicó su famoso libro, que sólo iba a ser estimado cuarenta años más tarde. Una figura eminente, James Bryce, será presidente de la Asociación, y al mismo tiempo publican brillantes estudios sus discípulos Lowell y Wilson. La Ciencia Política, cada vez más afirmada como «ciencia», se siente al mismo tiempo más responsable de su función educadora y lleva su acción a la enseñanza media. En sus revistas se afirma la necesidad, a la que, por otra parte, estas revistas son consecuentes. de que sus estudios estén orientados al comentario y la interpretación de los eventos contemporáneos.

Un período realmente interesante de la ciencia política es el compren-

didado entre los años 1921 y 1945. Los autores lo centran en dos personalidades, Merriam y Thomas Reed. En estos años la ciencia política norteamericana adquiere madurez. La revista publicada por la Asociación se convierte en un órgano estable y es impulsada por Reed, que la orienta, apoyándose en varias generosas concesiones de fondos, con una apertura que trata de relacionar el mundo científico con los políticos prácticos. Aunque esta tendencia fuera objeto de críticas y no cuajara en ningún fruto concreto, contribuyó a asegurar lo que podríamos llamar el *status* de la ciencia política en América.

Más importancia tiene el crecimiento de instituciones. Se estableció un doctorado en Ciencia Política en muchas Universidades e incluso el número de tesis sobre estos temas se elevó a un millar. Casi todas las grandes Universidades establecieron departamentos. Es también en estos años cuando junto a Merriam, que ha despertado el interés por una renovación de la ciencia política, aparece la escuela de Chicago, en la que van a figurar nombres como los de Lasswell, Key, Quincy Wright, Almond, Prietchett, Leiserson y Truman. Por otra parte, Munro y Catlin proponen también una renovación de métodos y de contenido con un propósito científico. En el balance de estos años hay que contar también a quienes se oponen a este movimiento, entre los que figuran nombres tan notorios como Corwin y Beard. El tema objeto de controversias es el llamado «cientifismo» de la ciencia política como una dirección que va a reaparecer en los años posteriores. Como resultado de esta polémica, cuentan los autores, la nueva orientación por la investigación, que se considera como la más importante función de la disciplina.

Merece ser señalado que durante estos años van también a enraizarse esas dos tendencias, que constituirán perfiles definidos de la ciencia política norteamericana: su deseo de servir a una educación de la ciudadanía democrática y de atender a problemas vivos, que incluso lleva a quienes la profesan a asumir responsabilidades de asesoramiento político y administrativo. El *New Deal* ofrece muchas oportunidades de este tipo, si bien los licenciados o doctorados en Ciencia Política estaban faltos de una preparación en materias tan importantes desde el punto de vista práctico, como el conocimiento de las cuestiones laborales o financieras, o los problemas de transportes o de la producción.

El último período que consideran los autores a partir de 1945 es el que ha llegado a Europa con un signo de plenitud y madurez al mismo tiempo que de revolución abrumadora y confusa. Bastará registrar algunos datos: los departamentos de Ciencia Política en los Estados Unidos llegan a cifrarse en medio millar; 75 instituciones docentes comprenden programas de doctorado en Ciencia Política; la Asociación Americana de Ciencia Política

va a comprender 16.000 miembros, y el número de publicaciones anuales sobre Ciencia Política se multiplican en tal forma que el observador europeo casi pierde el tino para valorarlas y seguirlas. La misma Asociación se institucionaliza con un aparato burocrático respaldado por la Fundación Ford. Las subvenciones para Ciencia Política de diversas Fundaciones americanas se elevan a cifras que causan vértigo a los científicos europeos. La Universidad de Harvard obtiene más de 20 millones (esto es, 140 millones de pesetas); la de Columbia, 16 millones (112 millones de pesetas); las que menos, reciben donaciones de 100.000 dólares (siete millones de pesetas).

En estos años se consagran fuera de las fronteras de América nombres como Truman, Dahl, Easton y el propio Lasswell. Sin embargo, como decíamos antes, este abrumador crecimiento de la ciencia política norteamericana llega a Europa con una bruma de confusión. Esta confusión aparece creada por un movimiento que por su propia naturaleza es mal entendido: el *behaviorial approach*. Los autores reflejan en una breve síntesis la naturaleza de este movimiento. Vale la pena recordar los ocho puntos que, según los autores, caracterizan esta doctrina dentro de su característica variedad:

- 1.º Deseo de obtener una ciencia orientada a la predicción y explicación.
- 2.º El objeto de esta ciencia política es la conducta de los individuos o de los agregados políticos, no de las instituciones.
- 3.º Exclusividad de los datos expresables en una cantidad como fundamento de relaciones y regularidades.
- 4.º Orientación de la investigación por medio de la teoría.
- 5.º Investigación pura.
- 6.º Oposición a la afirmación o reconocimiento de valores.
- 7.º Tratamiento interdisciplinario de la ciencia política; y
- 8.º Nuevos instrumentos metodológicos, tales como los modelos matemáticos o el análisis multivariable.

En los propios Estados Unidos surge una fuerte oposición contra esta tendencia. Los autores estiman que aunque parezca imponerse en la Asociación, cuya presidencia van a ocupar miembros destacados de este grupo, y en la dirección de la revista, su acción está ya en claro reflujó. Fruto de estas controversias han sido, sin embargo, una actitud más autoconsciente y autocrítica, un cambio total en el vocabulario de la ciencia política y una atención más atenta a las técnicas de investigación y a la teoría analítica.

Mirando al futuro, los autores estiman que la dedicación a la Ciencia Política continúa haciéndose más profesional y académica y que no abandonará la investigación práctica y la educación ciudadana. Los partidarios del *behaviorial approach* serán más moderados y más modestos; los partidarios de las tendencias clásicas aceptarán algunas de las preocupaciones de esa nueva dirección, que ha demostrado ser positiva en algunos aspectos, como,

por ejemplo, el estudio de las votaciones y de la opinión pública. El horizonte, sin embargo, no está claro. Los autores concluyen haciendo algunas reservas sobre el porvenir de la ciencia política americana.

Como indicábamos, la obra contiene una utilísima exposición, acompañada de valiosos cuadros e índices, y hasta en algún caso de selectas indicaciones de obras que pueden ser consultadas y que permiten al europeo, un poco abrumado por ese fantástico crecimiento de la ciencia política norteamericana en los últimos años, formarse una idea de sus tendencias, de sus valores y de su utilidad. Además, nos ayuda a encuadrar nombres como los de Burgess, Merriam, Corwing, Truman, Dahl y Easton, cuyos conocimientos se han hecho imprescindibles para los que quieran tener una visión de conjunto de la situación de la ciencia política en nuestros días.

LUIS SÁNCHEZ AGESTA.

